

# 1

## Las bases teóricas del conocimiento científico

*José Luis Lanata y Ana Gabriela Guráieb*

A lo largo de esta introducción general al conocimiento de las corrientes teóricas más significativas de la arqueología durante el último siglo nos interesa que el lector rescate tres aspectos importantes. Uno tiene que ver con los estándares científicos existentes en los momentos en que tales corrientes se desarrollaron. Estos se van modificando de una manera que a veces es imperceptible para los arqueólogos. Determinadas técnicas, novedosas durante un tiempo, pasan luego a ser parte del protocolo normal de las investigaciones. En definitiva, los estándares en cada época son diferentes.

Otro aspecto es que el lector detecte por sí mismo la interrelación de la arqueología con otras ciencias –que en los últimos años se ha incrementado significativamente– como parte del desarrollo de los marcos teóricos. En la actualidad un arqueólogo interactúa no solamente con zoólogos, botánicos, geólogos, historiadores, sociólogos como era normal a lo largo de la mayor parte del siglo XX, sino también con demógrafos, genetistas, físicos, químicos, ecólogos, matemáticos, psicólogos, etcétera. Esta interacción ha desarrollado nuevas perspectivas, algunas de las cuales presentaremos en el próximo capítulo.

Finalmente, queremos mostrar que, más allá de ser un requisito ineludible en cualquier investigación de arqueología científica, los marcos teóricos no se limitan a determinados aspectos económicos de las poblaciones humanas estudiadas o al rango temporal de análisis. En los últimos años, y quizá como una consecuencia empírica de la reacción de la década de 1980, se ha tendido a presuponer

que, por ejemplo, los marcos teóricos aplicados al estudio y análisis de poblaciones de cazadores-recolectores no son aplicables a las de productores de alimentos. O que la arqueología histórica y la urbana, por tener acotado un determinado bloque espacio-tiempo e incorporar fuentes escritas, conforman un (pseudo)cuerpo teórico per se. Si erróneamente continuamos en estas posturas, no haremos más que perder el potencial explicativo e interpretativo que tiene cada uno de los diferentes marcos teóricos. Y con ello caeremos en falacias tales como que los arqueólogos que trabajan con sociedades complejas no pueden entender casos de cazadores-recolectores, o que los que lo hacen en arqueología romana se encuentran impedidos de discutir los casos preestatales en América. Un marco teórico es útil para entender un problema arqueológico en forma independiente de la economía de la población, del bloque espacio-tiempo en que se desarrolla, de la complejidad social que la haya caracterizado y/o de la persistencia de algunos de sus rasgos en otras poblaciones. Y se enriquece a medida que otras ciencias nos permiten incorporar nuevos tipos de datos arqueológicos. Es eso lo que construye el marco teórico y lo concibe como tal; no su tema o el caso que se investiga circunstancialmente.

La presentación de las corrientes es cronológica, lo que no significa que el surgimiento de una haya implicado la desaparición de la anterior. Muy por el contrario, tras la lectura de los enunciados de las corrientes, el lector podrá observar la persistencia y coexistencia –e incluso la mezcla– de los diferentes paradigmas aquí presentados. En primer lugar, nos referiremos a las dos corrientes que mayor desarrollo han tenido durante el siglo pasado, la *Culture History* y la Nueva Arqueología o Arqueología Procesual. La primera se desarrolló fundamentalmente durante todo el siglo XX, y si bien dominó durante la primera mitad, aún sigue presente. La Nueva Arqueología, en cambio, surge de la mano de los movimientos sociales y de los desarrollos técnicos y teóricos de la década de 1960. En el capítulo siguiente abordaremos la multiplicidad de corrientes teóricas que caracterizan a las últimas décadas.

## 1. La teoría durante la primera mitad del siglo XX

Bajo la denominación *culture history*<sup>1</sup> se incluyen los movimientos tradicionales en la investigación arqueológica, tanto de Europa como de Estados Unidos, que dominaron la Academia en la primera mitad del siglo XX. Durante su desarrollo podríamos diferenciar algunos enfoques particulares –evolucionistas spencerianos, funcionales, etc.– pero, en lo concerniente a su eje vertebral y muchos otros aspectos, la perspectiva se mantiene durante décadas. Este enfoque será revalorizado en los últimos años del siglo XX.

Las características más relevantes de la escuela tradicional son:

1. **Particularidad:** Cada cultura arqueológica es única y diferente de las demás. En las interpretaciones dominan las de tipo funcional, histórico y progresista.
2. **Descripción:** El fin de la arqueología es reconstruir el pasado. Para ello hay que describir detalladamente las características de los artefactos recuperados.
3. **Razonamiento inductivo:** La arqueología es vista como un rompecabezas que sencillamente hay que armar pues el resultado final ya es conocido por el investigador. Su tarea consiste en obtener todas las piezas.
4. **Validación por criterio de autoridad:** La jerarquía y el reconocimiento académico del investigador prevalecen en la interpretación. Por lo tanto, la subjetividad y la intuición desempeñan un papel muy importante en la comprensión de los datos.
5. **Acumulación de datos:** La investigación se centra, en gran medida, en la acumulación de datos. Para ello son necesarios tra-

<sup>1</sup> Esta denominación, que se usa en Europa y Estados Unidos como referencia general a la aproximación tradicional característica de la primera mitad del siglo XX, no debe confundirse con la Escuela Histórico-Cultural de Viena. Ya que la traducción podría ser semejante, preferimos utilizar la expresión en inglés.

bajos de campo importantes y grandes repositorios de materiales. Cuantos más materiales arqueológicos se obtienen, los resultados son más fiables.

6. *Metodología cualitativa y comparativa*: Un acercamiento coloquial dominó en la aproximación al registro arqueológico. La descripción, agrupación por semejanzas, comparación de atributos y rasgos cualitativos de los materiales y las formas de vida de las culturas arqueológicas forman el eje metodológico.
7. *Pesimismo*: Se concibe a la metodología arqueológica como limitada, por lo que no puede contestar preguntas sobre todas las esferas de una sociedad.

Una de las características más significativas de esta escuela procede de la visión que en la época tenían antropólogos y arqueólogos sobre la cultura, y de cómo ella se trasladó al concepto de cultura arqueológica como entidad. Los arqueólogos de la *culture history* tenían una visión particularista de la cultura para la interpretación del pasado. El énfasis estaba colocado en agrupar los artefactos semejantes como partes de una cultura única, rescatando lo particular de cada sitio arqueológico. Esto apunta a discernir y definir culturas arqueológicas basándose en las semejanzas internas entre sus acervos materiales, culturas que se interpretaban como restringidas y estáticas en el espacio y en el tiempo. Fundamentalmente, las culturas son definidas utilizando los artefactos arqueológicos como diagnósticos de peculiaridades e idiosincrasias específicas. Un ejemplo de esta forma de interpretación puede verse en uno de los primeros trabajos de Gordon Childe (1929: v-vi), cuando habla sobre la prehistoria del río Danubio:

Encontramos cierto tipo de restos –vasijas, implementos, ornamentos, ritos de entierro y formas de habitación– muy recurrentes. A este complejo de rasgos asociados lo podríamos denominar «grupo cultural» o simplemente «cultura». Suponemos que cada uno de esos complejos es la expresión material de lo que hoy llamaríamos un «pueblo».

Esta visión normativa del pasado se basó en el presupuesto de que los objetos recuperados en las excavaciones eran producto de ideas, reglas y normas culturales que definían a la cultura. Esta era adquirida por cada individuo como miembro de un grupo social dado y sus conocimientos le eran comunicados a través del simbolismo del idioma, aunque también reconocían que había una comunicación no verbal a través de la cultura material. Así se fomentó la idea de una herencia social con muy poca posibilidad de cambio interno. El cambio cultural se explica únicamente por procesos que venían desde fuera de la cultura, desconociendo así el dinamismo que la caracteriza. Si todos los individuos que participaban de una cultura tenían ideas, reglas y normas semejantes acerca de la forma de hacer las cosas, de casarse, de la religión, de la organización social y comercial, entonces ¿de dónde venía el cambio? La respuesta fue simple: su procedencia era externa. Venía desde afuera, a través de tres mecanismos principales: a) la difusión de rasgos, b) la migración de individuos poseedores de esos rasgos culturales y c) la invasión y el dominio de nuevas culturas.

La *culture history* se caracterizó por la descripción de los materiales arqueológicos y un discurso coloquial histórico. Los investigadores se esforzaban en la obtención de información mediante la acumulación casi indiscriminada de materiales arqueológicos. Las sociedades pasadas eran interpretadas bajo el paraguas que ofrecían las investigaciones antropológicas que se estaban llevando a cabo en esos momentos. De esta forma no pudieron salvar el abismo que separaba el pasado del presente. Esto, que era una consecuencia de la visión del progreso como motor del cambio cultural durante la primera mitad del siglo XX, significó interpretar el registro arqueológico a la luz de la analogía etnográfica directa.

Si contextualizamos un poco el desarrollo de las ciencias durante la primera mitad del siglo XX, observamos que la arqueología de ese momento mantuvo los estándares académicos de la época. Eran las descripciones de los artefactos las que les permitían diferenciar las culturas arqueológicas. Así es entendible, por ejemplo,

la hiperdescripción que la caracteriza, tanto en los trabajos de campo como en el laboratorio y en las publicaciones. A los arqueólogos de la *culture history* les debemos reconocer una serie de desarrollos importantes que resolvieron distintos problemas de acuerdo con los conocimientos de su época. En principio, ya desde fines del siglo XIX advirtieron la importancia de la excavación estratigráfica. Las investigaciones de Thomas Jefferson, en 1787, en diferentes montículos localizados sobre el río Misisipi, son las primeras en aplicar los principios estratigráficos en arqueología. Para ello tomaron de la geología los principios de superposición y correlación y los aplicaron a sus excavaciones. Se trata de las leyes acuñadas por el geólogo Nicolaus Steno en 1669, cuyos principios aún se mantienen, a pesar de las modificaciones tecnológicas y metodológicas. Básicamente refieren que los sedimentos localizados en los sectores más profundos se depositaron antes y por lo tanto son más antiguos. Este principio permite correlacionar sedimentos iguales en diferentes sectores y regiones. También para las correlaciones se emplea el concepto de índice fósil, que toma en cuenta tipo y densidad de fósiles por estrato geológico. Esto les daba un primer esbozo del tiempo, de la profundidad temporal de los materiales, pero no la datación. Las estimaciones cronológicas eran totalmente intuitivas, ya que es en 1949 cuando W. Libby descubre la posibilidad de datar mediante el isótopo 14 del carbono. Correlacionar los estratos y/o capas sedimentarias es posible gracias a la aplicación de la idea del índice fósil. Los arqueólogos tomaron este concepto y, en lugar de utilizar las especies fósiles como la geología, emplearon los artefactos arqueológicos para realizar sus correlaciones.<sup>2</sup> Como consecuencia, empezaron a construir las unidades culturales sobre la base de tipos morfológicos. Estos conforman una agrupación de artefactos semejantes y por ello se

<sup>2</sup> Esto ya había sido empleado por T. Jefferson para correlacionar los niveles en los montículos excavados en Virginia.

transformaron en el primer paso analítico para describir el registro arqueológico de forma adecuada y cuidadosa. Los artefactos líticos, las vasijas cerámicas, las estructuras habitacionales pudieron ser agrupados de acuerdo con sus características formales en diferentes categorías y clases. En otras palabras, los arqueólogos de la *culture history* fundaron las bases de la taxonomía arqueológica.

Los arqueólogos tradicionales emplearon los tipos morfológicos como construcciones definidas por el investigador a fin de facilitar su descripción y clasificación y con ello definieron sus culturas arqueológicas. Pero les quedaba por resolver cómo monitorear el cambio a través del tiempo. Este segundo paso analítico surgió de conocer las asociaciones temporales de tipos morfológicos en diferentes sitios en determinadas regiones. De allí nació la idea de *fósil guía* –también conocido como *tipo temporal* y *time marker*–, que hoy definiríamos como elementos del registro arqueológico particulares de un bloque espacio-tiempo. Sin embargo, en esta escuela los artefactos determinan la presencia de una «cultura» y esto se relaciona con la concepción normativa que sus practicantes tienen de ella.

Finalmente, otra herramienta analítica que caracteriza a la *culture history* es la *seriación*. Esta les permite transformar los diferentes tipos de estilos definidos en la clasificación de los artefactos en secuencias temporales relativas. La seriación da por sentado que la conducta de los humanos es indecisa e impredecible y que por lo tanto los estilos de los artefactos pueden cambiar a medida que surgen nuevas tecnologías. Dichas tecnologías aparecen poco a poco y van reemplazando a otras para luego ser reemplazadas por otras nuevas. La seriación permite comprobarlo mediante la construcción de curvas de frecuencia en el número de los artefactos de las muestras arqueológicas. Uno de los principales referentes de este tipo de estudios fue James Ford. La seriación funciona tomando en cuenta la proporción de los diferentes tipos temporales en diferentes muestras arqueológicas, que determinan una secuencia temporal relativa. Los diagramas de seriación supo-

nen implícitamente que en la variabilidad observada se detecta el cambio a través del tiempo, al mostrar el surgimiento, apogeo y desaparición de determinados artefactos en sitios o regiones arqueológicas.

Podría decirse que ya desde la posguerra el mundo había entrado en un acelerado proceso de cambio y la arqueología no escapó a ello. El criterio de autoridad, característico de la arqueología durante la primera mitad del siglo XX fue desafiado, quizá por primera vez, por W. W. Taylor en 1948, al proponer que los artefactos arqueológicos no deberían ser entendidos por sí solos sino interconectados con los demás componentes de una cultura. Las ideas del neoevolucionismo, del materialismo y de la ecología cultural comenzaron a formar parte del discurso antropológico y arqueológico. La década de 1950 ofreció un número importante de libros y artículos sobre metodología en arqueología, por ejemplo Willey y Phillips (1958). Sin embargo, también en esos momentos surgieron una serie de novedades y desarrollos tecnológicos en otras ciencias –por ejemplo, la datación radiocarbónica ( $^{14}\text{C}$ )– que no tardarían en transformar los estándares de la *culture history* en otros nuevos. Sólo era cuestión de tiempo.

## 2. La rebelión de la década de 1960

El momento llegó en un ambiente de importante convulsión y cambio social como el que se dio en la década de 1960, caracterizada por movimientos sociales, hippies, estudiantiles, de derechos humanos, etcétera. En ese contexto emergió en los países anglosajones la llamada nueva arqueología (*New Archaeology*), posteriormente arqueología procesual. Surgió como una reacción frente a lo que arqueólogos como Lewis Binford (1962 y 1965) en Estados Unidos y David Clarke (1968) en Inglaterra consideraban insuficiencias en el modo de hacer arqueología por parte de aquellos que habían dominado la escena académica en la primera mitad del si-

glo XX. Estos arqueólogos, jóvenes y descontentos, no estaban de acuerdo con la forma en que los conjuntos de objetos que se encontraban en las excavaciones eran convertidos en discursos sobre el pasado.

Durante el período 1950-1960, dos corrientes del pensamiento antropológico –no muy populares por ese entonces– influyeron sobre la nueva arqueología: el neoevolucionismo y la ecología cultural. El neoevolucionismo difiere del evolucionismo unilineal del siglo XIX y de la *culture history* en que trata al progreso como una característica más de la cultura en general, aunque no necesariamente de cada cultura en particular. Sus dos máximos exponentes en ese momento fueron Leslie White y Julian Steward. White definió la cultura como un complejo sistema termodinámico. Al mismo tiempo, el fuerte determinismo tecnológico evidenciado en las explicaciones surgió de considerar que la tecnología –el núcleo cultural– es intermediaria entre el ambiente y la cultura. Según este enfoque, es la tecnología la que permite la adaptación de los humanos al ambiente e influye sobre la organización social y política.

La ecología cultural, por su parte, irrumpió en la antropología de la mano de Julian Steward, desarrollando un enfoque más empírico, multilineal y ecológico para explicar el cambio cultural. Steward (1955: 209) consideraba que «el propósito de la antropología evolutiva debía ser explicar los rasgos comunes de las culturas en estadios similares de desarrollo, más que las particularidades únicas, exóticas y no recurrentes, que podían ser atribuidas a accidentes históricos». A estas dos corrientes se les sumó alguna influencia del materialismo y principalmente de la Teoría General de los Sistemas, muy en boga en esos momentos. Esta teoría había comenzado a desarrollarse en la década de 1940 en la biología y la geografía. Buscaba entender a entidades tan diversas como glaciares o equipos electrónicos en términos de componentes que interactuaban entre sí, componiendo un todo (Trigger, 1989). La adhesión de los nuevos arqueólogos a la Teoría General de los Sistemas hizo que la cultura fuera estudiada en el mismo sentido.

Se analizaba cada uno de los subsistemas que la componen: subsistencia, tecnología, organización social, psicología e ideología.

Respecto de la arqueología tradicional, la nueva arqueología constituyó un punto de inflexión en muchos aspectos, a saber:

1. **Explicación:** En momentos previos, la meta de la arqueología había sido reconstruir el pasado. Por el contrario, la nueva arqueología consideraba que debía tener como objetivo la explicación de los cambios que se produjeron en el pasado, más que la reconstrucción de un momento o sociedad en particular.
2. **Generalización:** La nueva arqueología era entendida como una ciencia y, como tal, debía utilizar generalizaciones en el estudio del proceso cultural y en la explicación de los cambios.
3. **Razonamiento deductivo:** Del mismo modo, la arqueología científica que proponía la nueva arqueología involucraba el uso del razonamiento deductivo. El proceso deductivo comprende la postulación de hipótesis y la construcción de modelos plausibles para explicar los cambios.
4. **Validación mediante prueba:** Según los nuevos estándares, las hipótesis y los modelos no debían ser aceptados según la autoridad del investigador que los enunciaba sino que debían ser sometidos a una comprobación rigurosa.
5. **Diseño de investigación:** Antes de comenzar un proyecto, debía existir un diseño de investigación que planteara las preguntas generales y específicas que se esperaba responder. De ese modo se evitaría la generación de datos inapropiados.
6. **Metodología cuantitativa:** En concordancia con la aspiración de una arqueología científica se adoptó una metodología estadística para el tratamiento de los datos. Se abandonaron los métodos cualitativos o cuantitativos informales o sesgados por el interés del investigador.
7. **Optimismo:** Los «nuevos arqueólogos» eran muy optimistas y creyeron en sus comienzos que las técnicas que desarrollaban podrían utilizarse para arrojar luz sobre todos los aspectos, in-

cluyendo la organización social y los procesos cognitivos de los seres humanos del pasado.

### 2.1 La arqueología como una ciencia antropológica

El desacuerdo con el aspecto descriptivo y con el peso que se daba a los enfoques historicistas hizo que la nueva arqueología propusiera convertir a la disciplina en algo diferente. La evidencia etnográfica, utilizada acríticamente por los enfoques tradicionales, mostraba una gran diversidad en las conductas humanas y en los procesos culturales. Sin embargo, esta diversidad quedó oculta en las interpretaciones de la *culture history* debido al excesivo énfasis histórico, haciendo que desapareciera de las interpretaciones arqueológicas. En parte por ello la nueva arqueología propuso salir de ese tipo de interpretaciones, buscando otras más antropológicas. Para lograr tal fin, también fue necesario desarrollar nuevas metodologías y generar un cuerpo teórico que fuera claramente arqueológico. Entonces, podemos decir que la nueva arqueología, al entender a la arqueología como una ciencia antropológica, puso énfasis en dos aspectos: a) su adecuación a los estándares académicos de la época y b) la sustitución de la interpretación histórica por otra antropológica.

Adecuarse a los estándares académicos significaba acentuar el requisito, propio de cualquier disciplina científica, de adquirir el conocimiento a través de un proceso racional, evaluado de forma rigurosa. Esto implicaba también que todo juicio que se emitiera sobre el pasado debía ser probado científicamente a través de la verificación o el descarte de hipótesis y modelos que contemplaran aspectos específicos de lo que se quería investigar. Obviamente, otro requisito indispensable era que estos modelos e hipótesis hubieran sido previamente enunciados. De esta manera deducción, hipótesis, verificación, explicación generalizadora, y rechazo a toda proposición no comprobable fueron el *leit motif* de

los primeros años de la nueva arqueología. Pero llegaron aun más lejos en su afán de convertir a la arqueología en una ciencia rigurosa. El primer método científico utilizado por esta corriente fue el nomológico-deductivo, de lo que se desprendía que podían enunciarse leyes generales acerca del comportamiento humano. Esto era semejante a las leyes generales que se promulgan en las ciencias exactas. Esta visión un tanto extremista del positivismo lógico tuvo su expresión máxima en el libro de Watson et al. (1971). La aplicación de este método se encontró con un serio inconveniente: resultaba prácticamente imposible llegar a construir una ley general acerca del comportamiento humano que fuera real en todo momento y lugar. Poco a poco este enfoque extremo, en cierta forma inconducente, fue abandonado por versiones más blandas del positivismo que utilizaban un método hipotético-deductivo, sin dejar de lado la generalización, pero sin la intención de lograr leyes universales.

Si bien ya desde fines del siglo XIX (Pitt-Rivers, 1887) y principios del XX (Kidder, 1924, Boas, 1940) la arqueología era vista y entendida como una rama de la antropología,<sup>3</sup> no fue hasta que Binford publicó su clásico artículo «Archaeology as anthropology» en 1962 que la antropología comenzó a tener un mayor peso en las interpretaciones arqueológicas. Explícitamente, Binford señaló que «la arqueología es el tiempo pasado de la antropología», definición que se instaló fuertemente en una parte importante de esa nueva generación de arqueólogos. Esto, conjuntamente con los estudios etnográficos en los que se comenzó a observar la diversidad de las conductas humanas, hizo que esta idea llegara tan lejos como para tomar el presente etnográfico como una versión viviente del pasado humano. Tal es el caso de *Man the Hunter* (Lee y DeVore, 1968), en el que las poblaciones de cazadores-recolectores contem-

<sup>3</sup> Por ejemplo Kidder (1924) define a la arqueología como la rama de la antropología que estudia a las personas de la prehistoria.

poráneas estudiadas son vistas como una prehistoria viviente. Independientemente de las críticas que podamos hacerle, la influencia de esta concepción en la nueva arqueología fue tan importante que sirvió para que centrara sus intereses en el estudio de los procesos culturales. Su desarrollo hizo que, con el paso del tiempo, la nueva arqueología dejara de ser tal para transformarse en arqueología procesual, enfatizando el estudio de los diferentes procesos culturales y dándole los elementos para abandonar la interpretación historicista de la *culture history*.

## 2.2 La cultura como sistema y su relación con el ambiente

Hemos hablado acerca de cómo surgió la nueva arqueología, de cuál fue su intención al convertir a la disciplina en una ciencia de acuerdo con los estándares del momento, del método utilizado, así como de las corrientes antropológicas que influyeron sobre ella. Ahora bien, ¿cuál fue el objetivo científico de la nueva arqueología? En definitiva, podemos decir que su perspectiva pretendía aislar y analizar los distintos procesos culturales que se dan en y entre sociedades humanas. Para ello puso énfasis en el estudio de las prácticas de subsistencia y económicas, así como del ambiente con el que estas sociedades interactuaron. Asimismo, analizaron la repercusión de estos aspectos en los sistemas de creencias de las sociedades y sus diferentes tipos de interacciones.

En este ámbito, la influencia de la Teoría General de los Sistemas fue muy importante, ya que tal modo de entender los procesos culturales implica pensar a la cultura de una forma *sistémica*. Bajo esta óptica, la cultura configura un sistema en el que cada aspecto que la define constituye un subsistema y se encuentra inextricablemente vinculado a los demás por relaciones de retroalimentación. Los sistemas culturales se encuentran además interconectados con otro sistema, el ambiente. Cuando algún factor interno de la cultura o externo del ambiente afecta a uno de estos subsistemas –por

ejemplo, la economía, la ideología, las relaciones sociales— todos los demás subsistemas también son afectados en alguna medida. Para encontrar un nuevo punto de equilibrio, los subsistemas deberán adecuarse al cambio producido en uno de los componentes, cambiando a su vez. El equilibrio en el que se encuentran los sistemas culturales es, por lo tanto, dinámico.

Debe hacerse notar que la consideración del ambiente en las interpretaciones arqueológicas no era una novedad en la década de 1960. Con un enfoque evolucionista unilineal y muy determinista, ya desde el siglo XIX muchos investigadores habían llamado la atención acerca del papel del ambiente en las poblaciones humanas. En la década de 1950, Julian Steward, uno de los primeros etnólogos en adoptar una visión materialista de la conducta humana, concedió gran importancia a los factores ecológicos en el modelado de los sistemas socioculturales. La novedad incorporada por la nueva arqueología fue tratar al ambiente como integrante de una trama de relaciones, de acuerdo con el enfoque de la Teoría General de los Sistemas.

Bajo el paradigma de la cultura entendida como sistema en interjuego con el ambiente, se puso de relieve un nuevo concepto en arqueología: el de *adaptación*. El hombre desarrolla estrategias para adaptarse de la manera más eficaz a los diferentes medios con los que interactúa, el natural y el social. Uno de los medios que emplea para ello es la cultura. En sus primeros escritos, Binford (1962) adoptó la definición del etnólogo L. White, quien caracterizó a la cultura como «la parte extrasomática de la adaptación del hombre al medio ambiente».

### 2.3 El estudio de las diferencias

Otro objetivo de la nueva arqueología fue comprender y estudiar las diferencias presentes en la evidencia arqueológica, obviamente desde un enfoque científico, en parte oponiéndose a la *culture his-*

*tory*. Esto conllevó la necesidad de aprender a seleccionar las muestras de materiales de modo que fuera posible el tratamiento posterior de los datos a través de pruebas estadísticas. Estas técnicas de muestreo son indispensables, ya que se debe tener certeza de que las muestras bajo estudio son representativas del universo posible de evidencia arqueológica. A partir de la década de 1970 comenzaron a ser más usuales los tratamientos estadísticos de la información, cada vez más sofisticados. Más adelante, su popularización llevó a muchos investigadores a plantear si no se estaba abusando de esa técnica en aras de detectar la diversidad del registro arqueológico.

### 2.4 Las investigaciones de rango medio

Para la nueva arqueología, la brecha entre pasado y presente es insalvable aplicando una óptica tradicional. Binford reconoce que el registro arqueológico es presente y estático. A partir de estas características, el arqueólogo debe inferir la dinámica de las conductas del pasado. Este proceso de inferencia arqueológica —complejo y dominado por la analogía— es el que cierra la brecha entre pasado y presente, en la forma de un discurso sobre los procesos que tuvieron lugar en el pasado.

La discusión sobre este tema se inició con una controversia que involucró a François Bordes y a Lewis Binford acerca del significado de la variabilidad cultural del Musteriense en el sur de Francia. Esta es la primera discusión académica entre la nueva arqueología y la *culture history*, justo en los inicios de la primera. El prehistoriador francés Bordes, basándose en el análisis minucioso de los tipos morfológicos del instrumental lítico de la industria musterense —Paleolítico Medio—, había identificado cuatro conjuntos de artefactos líticos compuestos de manera diferente. Los denominó musterense de tradición achelense, musterense típico, musterense con denticulados y charentiense, y se alternaban

en las secuencias estratigráficas de los sitios del Paleolítico Medio francés. Las frecuencias con que cada tipo de artefacto —raederas, raspadores, puntas de proyectil, buriles— se presentaba en los conjuntos eran particulares y distintivas de cada uno de ellos. Sobre esta base, Bordes defendió la idea de que estos conjuntos eran industrias diferentes y que representan la presencia de grupos culturales particulares entre los Neanderthales (véase cap. 6).

Binford, por el contrario, sostenía que la interpretación de esos conjuntos debía tomar en consideración la variabilidad con que los Neanderthales realizaban sus actividades en el espacio. Por lo tanto, los conjuntos no podían ser explicados unívocamente como pertenecientes a grupos culturales diferentes. En otras palabras, artefactos distintos pueden ser fabricados por las mismas poblaciones para hacer actividades en espacios específicos y/o diferentes. A pesar de que tuvo acceso a los materiales arqueológicos con los que Bordes había trabajado, Binford no pudo llegar a reafirmar su posición. La conclusión a la que llegó fue que el estudio de los materiales arqueológicos no es suficiente para comprender la dinámica pasada, dado que el registro arqueológico es un arreglo espacial, estático y presente. El arqueólogo debe inferir la dinámica de las conductas del pasado.

En las propias palabras de Binford (1978: 112) vemos que

había llegado a la inevitable conclusión de que la única posibilidad de desarrollar métodos arqueológicos de inferencia es a través de pueblos contemporáneos vivos, o mediante la práctica de la arqueología en situaciones cuyo componente dinámico estaba documentado históricamente. Comencé a considerar que la etnoarqueología, la arqueología experimental y los yacimientos arqueológicos históricos eran la única oportunidad que teníamos para desarrollar y perfeccionar los métodos de inferencia que trataban de los conjuntos de artefactos hechos por el hombre.

Una arqueología científica como la que pretendía la nueva arqueología implica el empleo de métodos rigurosos para contrastar

determinadas proposiciones, para poder ir más allá de la simple observación del registro arqueológico. Era necesario, por lo tanto, crear las herramientas que permitieran una traducción de lo estático del registro arqueológico a la dinámica de las conductas del pasado. Esto fortaleció el surgimiento de nuevas especialidades dentro de la arqueología, las que conocemos como estudios actualísticos y que incluimos dentro de la Teoría de Rango Medio (véase Parte II). Si bien una de las metas de la nueva arqueología fue establecer generalizaciones sobre las conductas humanas, esto no parece haberse logrado aún (véanse Kelly, 1995; Binford, 2001). Por el contrario, la nueva arqueología se destaca por el desarrollo que ha dado a las nuevas metodologías, afianzando la Teoría de Rango Medio.

Desde un punto de vista teórico, los aspectos más relevantes de la nueva arqueología han sido su visión evolucionista del cambio cultural, la búsqueda de regularidades en los procesos culturales y su enfoque ecológico y sistémico. El tratar de entender las variadas tramas de relación entre las sociedades humanas y el ambiente hizo que en los proyectos llevados adelante por arqueólogos procesuales tuvieran gran importancia las relaciones interdisciplinarias. Sin embargo, aquellas características que mencionamos como logros también han sido vistas como limitaciones y objeto de críticas por parte de las corrientes posprocesuales, transformándose en un campo de investigación para otras corrientes teóricas.

## Bibliografía

- Binford, L. R. 1962. Archaeology as anthropology, *American Antiquity*, núm. 28, pp. 217-225.
- 1965. Archaeological systematics and the study of culture process, *American Antiquity*, núm. 30, pp. 203-210.
- 1978. *Nunamiut Ethnoarchaeology*. Nueva York, Academic Press.
- 2001. *Constructing Frames of Reference. An Analytical Method for Archaeological Theory Building Using Hunter-Gatherer and Environmental Data Sets*. Berkeley, University of California Press.

- Boas, F. 1940. *Race, Language and Culture*. Nueva York, The Free Press.
- Childe, V. G. 1929. *The Danube in Prehistory*. Oxford, Clarendon Press.
- Clarke, D. L. 1968. *Analytical Archaeology*. Londres, Methuen & Co.
- Kelly, R. 1995. *The Foraging Spectrum. Diversity in Hunter-Gatherer Lifeways*. Washington, Smithsonian Institution Press.
- Kidder, A. 1924. *An Introduction to the Study of Southwestern Archaeology*. Papers of the Southwestern Expedition. New Haven, Phillips Academy 1.
- Lee, R. y DeVore, L. 1968. *Man the Hunter*. Chicago, University of Chicago Press.
- Pitt-Rivers, A. H. L. F. 1887. *Excavations in Cranborne Chase, near Rushmore, on the Borders of Dorset and Wilts*. Londres, Harrison and Sons, Printers.
- Steward, J. H. 1955. *Theory of Culture Change*. Urbana, University of Illinois Press.
- Trigger, B. G. 1989. *A History of Archaeological Thought*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Watson, P. J., LeBlanc, S. A. y Redman, C. L. 1971. *Explanation in Archaeology. An Explicitly Scientific Approach*. Nueva York, Columbia University Press.
- Wiley, G. R. y Phillips, P. 1958. *Method and Theory in American Archaeology*. Chicago, University of Chicago.

## 2

## La reacción de la década de 1980 y la diversidad teórica posprocesual

*José Luis Lanata, Marcelo Cardillo,  
Virginia Pineau y Silvana Rosenfeld*

Si bien los postulados de la nueva arqueología se afianzan en un importante número de arqueólogos y aumenta su presencia en la literatura científica a partir de 1970, la *culture history* siguió primando. Este panorama cambió progresivamente a medida que los discípulos de Binford, Clarke, Longacre, Thomas y Flannery —entre otros arqueólogos procesuales— van desarrollando la Teoría de Rango Medio y ocupando posiciones en diferentes universidades. Desde este punto de vista, la década de 1980 muestra un sinnúmero de libros y artículos donde su afianzamiento es notable. Durante los primeros años de esa década se publican una serie de trabajos paradigmáticos que muestran las nuevas líneas que surgen. En algunos casos lo hacen como reacción —a veces irreconciliable, otras no tanto— ante los postulados de la nueva arqueología; en otros, como marcos inferenciales totalmente nuevos.

A diferencia de lo sucedido en los años sesenta, cuando la *rebelión* fue un movimiento relativamente homogéneo en cuanto a sus postulados —tanto en Europa como en Estados Unidos—, la *reacción de la década de 1980* es mucho más heterogénea y dispar. Lejos de formar una corriente teórico-metodológica orgánica, dentro del posprocesualismo se incluyen una serie de enfoques tan diferentes como:

1. la arqueología conductual;
2. el posmodernismo arqueológico;